



Armando Zambrano Leal

Doctor en ciencias de la educación

Universidad Lyon-París 8 (Francia)

Director y profesor de la

Maestría en Educación

Universidad Icesi. Cali-Colombia

azambrano@icesi.edu.co

Artículo de Reflexión

Recepción: 6 de julio de 2016

Aprobación: 26 de noviembre de 2016

DOI:

<http://dx.doi.org/10.19053/22160159.v7.n15.2016.5729>

Praxis
&
Saber

Revista de Investigación y Pedagogía
Maestría en Educación. Uptc

GOBERNANZA DE LA ESCRITURA: LA ESCISIÓN ENTRE MODERNIDAD E HIPERMODERNIDAD “LA CITA Y EL PARÉNTESIS”¹

Resumen

La escritura académica hoy muestra la escisión entre modernidad e hipermodernidad. En la modernidad temprana, la escritura tenía como objeto dar cuenta de la lucha constante que vivía el escritor sobre un problema de pensamiento. La preeminencia de las ciencias, el rol de las sociedades científicas, el nacimiento del sujeto investigador y el surgimiento de las revistas científicas promueven la cita de pie de página. El poder de la tecnología y de la sociedad de control impone el paréntesis. La tesis aquí expuesta, sostiene que la escritura hoy muestra la planicie del pensamiento, la ausencia de intensidad y la plasticidad de la apariencia. Las prácticas contemporáneas de la escritura académica refleja, entre otras, la gobernanza de la escritura cuyas prácticas impone la valoración de temas sobre los problemas de pensamiento.

Palabras clave: modernidad, hipermodernidad, escritura académica, universidad, profesor universitario.

1 Artículo producto de la conferencia central leída públicamente con motivo de la indexación de la Revista Praxis & Saber. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja (Boyacá). Marzo 3 de 2016.

GOVERNANCE OF WRITING: THE SCISSION BETWEEN MODERNITY AND HYPERMODERNITY “CITE AND PARENTHESES”

Abstract

Nowadays Academic writing reflects the scission between modernity and hypermodernity. In the early modernity writing had as aim to show the constant thinking battle the writers dealt with. Sciences preeminence, scientific society's role, the birth of a researcher individual and the emergence of scientific journals encourage the use of footnotes. Parentheses are imposed by technology power and a society of control. The present paper holds that today's writing shows simple thoughts, absence of intensity and plasticity of the appearance. Contemporary practices of academic writing show the writing governance whose practices give the importance to topics about thinking issues.

Keywords: modernity, hypermodernity, academic writing, university, professor.

GOUVERNANCE DE L'ÉCRITURE : LA SÉPARATION ENTRE LA MODERNITÉ ET L'HYPERMODERNITÉ “LA CITATION ET LA PARENTHÈSE”

Résumé

L'écriture académique d'aujourd'hui démontre la séparation entre modernité et hypermodernité. Dans la modernité précoce, l'écriture avait pour objectif de rendre compte de la lutte constante que vivait l'écrivain sur un problème de pensée. La prééminence des sciences, le rôle des sociétés scientifiques, la naissance du sujet investigateur et l'émergence des magazines scientifiques

encouragent la citation en pied de page. Le pouvoir de la technologie et de la société de contrôle impose la parenthèse. La thèse présente soutient que l'écriture d'aujourd'hui démontre la platitude des pensées, l'absence d'intensité et la manifestation de l'apparence. Les pratiques contemporaines de l'écriture académique reflètent, entre autre, la gouvernance de l'écriture dont les pratiques imposent la prise en considération des thèmes sur les problèmes de pensée.

Mots-Clés: modernité, hypermodernité, écriture académique, université, professeur universitaire.

GOVERNANÇA DA ESCRITA: A DIVISÃO ENTRE MODERNIDADE E HIPERMODERNIDADE “A NOTA E O PARÊNTESE”

Resumo

Escrita acadêmica hoje mostra a divisão entre a modernidade e a hipermodernidade. No início da modernidade, a escrita foi concebida para dar conta da constante luta do escritor sobre um problema de pensamento. A preeminência da ciência, o papel das sociedades científicas, o nascimento do sujeito pesquisador e o surgimento de revistas científicas promovem a nota de rodapé. O poder da tecnologia e da sociedade de controle impõe o parêntese. A tese aqui exposta, argumenta que a escrita mostra hoje a planície do pensamento, a falta de intensidade e a plasticidade da aparência. As práticas contemporâneas da escrita acadêmica refletem, entre outros, a governança da escrita cujas práticas impõe a apreciação de questões sobre os problemas de pensamento.

Palavras-chave: modernidade, hipermodernidade, escrita acadêmica, universidade, professor universitário.

Preliminar

Saludar y agradecer es fantástico pues define los contornos del rostro que acoge. La palabra 'gracias' en latín es *gratias ago* y en griego εὐχαριστός (*efcharistóes*); la palabra 'saludar' es χαιρετώ (*charetó*), *salutan* expresa cuidado-reconocimiento. Περιθαλψη (*períthalpsi*) y *cura* es 'cuidado'. El cuidado de sí, *cogitatus*, tiene por esencia la reflexión del pensar, interés sobre algo. χαιρετώ (*charetó*) es 'cuidado' como saludo y acogimiento. Se acoge al otro, se piensa en el otro porque saludar es pensar en el cuidado de sí. El agradecimiento ennoblece el vínculo entre semejantes; es la apertura que encontramos en los textos modernos y, esto, a mediados de los ochentas del siglo anterior. Hoy, esta práctica se ha debilitado al punto que en muchos trabajos académicos (tesis, monografías o libros) el agradecimiento no va dirigido al otro, a quién por sus ideas nos ayuda a pensar un problema, sino a Dios. Esta forma insustancial de agradecer y dedicar un trabajo académico muestra, en el presente, la ausencia del otro y el vacío del agradecimiento.

En este orden, el texto que me propongo compartir proviene de aquello que mi ser ve, escucha y vive en el terrible ejercicio de la escritura académica de hoy. El adjetivo "terrible" significa lo que es capaz de inspirar terror e hiperbólicamente lo traigo aquí como algo difícil de tolerar. Este interés de escribir sobre la escritura académica obedece a la tragedia, espectáculo y banalidad de una época en la que fingimos ser. Hoy aparentamos ser pensadores y así y todo no pensamos; hoy fungimos de estar en el orden del pensamiento y en realidad solo estamos en el precario mundo de la técnica, del hacer *como sí*. Actualmente ni siquiera se imita a un maestro pues él ha dejado este mundo; su lugar ha sido ocupado por el buen funcionario, el obrero de unas técnicas, el especialista de un saber. En esta época en la que vivimos, muchos maestros ni siquiera alcanzan la dimensión del artesano tal como lo conocimos en las postrimerías del siglo XIX, seres cuyo espectáculo desplegaban la belleza de la obra. Su mística, creatividad y espiritualidad cerraban el círculo del pensamiento; de su espíritu y de sus manos brotaba la belleza de la madera, el barro, el hierro o las palabras. Heidegger nos recuerda que el genuino carpintero lo es por la belleza que descuella de la madera; su disposición para extraerla cifra el genio de su creatividad (Heidegger, 2005); la sublime hermosura de la obra es un asunto del buen carpintero. Así como el genuino carpintero extrae la belleza del trozo de madera y la moldea, de la misma forma lo hace el preceptor, a quien se le nombró como genuino artesano, filósofo de la República pues de sus manos, la bella obra humana emergió del cuerpo de la infancia.

Enseñar los primeros rudimentos de la escritura, las operaciones básicas de la aritmética o los ejercicios del cuerpo tenía como propósito fundamental que

cada uno hiciera obra de sí mismo. Con respecto a lo anterior, los preceptores fueron filósofos, aunque también administradores de la disciplina y de la conducta. El tiempo moderno del preceptor ha cedido ante la potencia de la tecnología y la precariedad de las disciplinas. En menos de dos siglos, pasaron de ser los *poetas del espíritu a policías de las almas*. Esto tiene su explicación en la constante vigilancia sobre el cuerpo, la mente, el espíritu pues la sociedad moderna es siempre un sistema cuyas técnicas se sitúan en el orden del progreso (Hameline, 2003). Por fuera de este, la modernidad es irreconocible y, tal vez como consecuencia, el temple de las capacidades que hoy conocemos bajo el slogan *trabajo bajo presión*, provenga de lo más sofisticado de la razón instrumental; razón siempre en perspectiva de progreso y acumulación. El progreso promueve hasta el tuétano del ideal de ir hacia adelante y su sentido se despliega en tiempo –presente, pasado, futuro–. El progreso no sólo encauza la esperanza, también fabrica las formas de desear de la máquina humana; aunque el progreso es virtual, recurre a la tecnología y allí se impone. Nuestra modernidad es incapaz de aceptar al progreso sin movimiento; nuestra modernidad no concibe el progreso como quietud. En todo, el hombre y el progreso son los linderos del pensamiento ilustrado. Este hombre ilustrado también fue, es, y será una máquina gobernada hasta en su deseo. El hombre máquina tiene sus raíces, me parece, en el poder de la tecnología; su finalidad reside en la aplicación y, esto, porque lo bello es difícil de fabricar.

No es que la escuela del siglo XVIII haya sido mejor respecto de la que conocemos hoy; tampoco es cierto que la de nuestros días sea más y mejor en el plano de sus técnicas. En sus diversas técnicas, la institución escolar es la ilusión óptica de la educabilidad. Educabilidad en los términos de la fabricación de las capacidades humanas y no en el registro ético que conocemos (Zambrano, 2011). En cualquier caso, la escuela es una institución de encierro, lugar de fabricación de la conducta, espacio de vigilancia sobre las facultades humanas, territorio de poder (Foucault, 2005). Tanto ayer como hoy, ella encerró lo humano en un mundo paradisíaco, un mundo de libertad, un mundo de ciencias, en un mundo de competencias. Y muy a pesar de todo esto, la escuela moderna y sus preceptores ilustrados sabían, tanto de latín como de griego; lenguas claves del humanismo; lenguas formadoras del pensamiento; lenguas importantes para el hombre culto. En nuestro país estas lenguas se enseñaron hasta más o menos una década después de terminada la Segunda Guerra Mundial, y su progresiva exclusión de los programas escolares es prueba del empobrecimiento del ideal de hombre que tenemos y conocemos en nuestra sociedad. El preceptor ilustrado hace parte

de un pasado alegre, vital, potente; un pasado que desplegaba los ideales del hombre culto. Quienes enseñaban eran cultos y escribían porque eran cultos, porque escribiendo se forja el carácter del pensamiento. Escribir es dar cuenta de lo leído y lo pensado; sentencia lapidaria del pensamiento moderno.

Hoy nuestras instituciones de cultura están abarrotadas de técnicos poco ilustrados, sujetos de un mundo cuyo espectáculo muestra el juego de las apariencias; seres deleitados en el oficio de nombrar libros que poco han leído, individuos atraídos por la novedad de los artefactos tecnológicos; obreros de un oficio, gobernados por el formato. Quizá, la escritura académica, sus formas frías e impersonales, sea el territorio donde nuestros profesores universitarios – los más jóvenes – viven cómoda y dócilmente, sin pregunta alguna. Esta es la realidad de sus prácticas. , la realidad de sus prácticas. Prácticas que dicen tanto de la manera como vivimos y como actuamos en un presente plagado de imposturas. En este presente y desde hace algo más de cuatro décadas, muchos de ellos, los más jóvenes, se precipitan en llamar a la escritura académica, a esta forma insustancial, parca, sin hendidura alguna, como la materialidad de la síntesis.

Hasta la síntesis, concepto propiamente moderno e hija de las ciencias de la vida, sufre de la plasticidad de las imposturas académicas y ha cedido su esencia ante la preeminencia del artículo científico en el régimen del APA. Hoy, un libro tiene menos valor e impacto en los rangos de clasificación académica que un artículo en *Scopus*. Este valer dice todo de la época en que vivimos, pues refleja la plasticidad del pensamiento y muestra la armadura de siliconas que la escritura admite. Hoy, la escritura de un artículo científico es un asunto de prótesis.

Mientras para los modernos, el ensayo fue un ejercicio espiritual, para los contemporáneos es un tema sin espiritualidad alguna². El texto clásico moderno habita en el pensamiento y el contemporáneo en la coyuntura de los temas. El trastrocamiento en la formas de nombrar la condición de los textos clásicos (Sloterdijk, 2006: 12) tiene su epicentro en la escisión entre moderno e hipermoderno. Este es mi desafío hoy, esta es mi reflexión, y con ella quiero ir tras el debate sobre la precariedad del escribir en la

2 Muchos profesores universitarios, como nota final de un curso, le piden a sus estudiantes realizar un ensayo y estos, en su pobreza de pensamiento, termina escribiendo textos que distan en la forma y contenido del genuino ensayo. También, es necesario decirlo, muchos profesores universitarios no saben que es un ensayo. Ensayar es un género muy difícil de realizar.

universidad. Pero antes de dar el paso, quiero señalar lo siguiente: el texto que hoy me ocupa encuentra su génesis en la práctica de la escritura, cuya territorialidad ya no es la potencia del pensamiento sino la agilidad de un tema. En el orden de la forma, la cita de pie de página ha cedido su lugar al horrendo paréntesis. Toda la escritura académica, la que nos impone el juego de la economía, está determinada por reglas y, estas, no provienen de la práctica del escritor-pensador sino del economista y su principio del menor gasto. La rentabilidad es plana y no profunda. La connivencia entre asociaciones de ciencia, editoriales e instituciones académicas promovieron en los textos un sofisticado sistema de economía; a menor citas de pie de páginas mayor rentabilidad en los libros; a mayor número de paréntesis en los artículos mayor visibilidad en la red. Este intrincado matrimonio hizo que las *Bellas Letras* fueran perdiendo, en los vericuetos de las frases, la grandeza y el misterio de la palabra; en los *modernos* una frase daba qué pensar. Los textos académicos que conocemos bajo la forma de artículos, producto genuino de la modernidad, perdieron la vitalidad del genio y su pathos se atrofió en los *Journal*. La brevedad de las ideas es gobernada por el formato, y la síntesis se nombra como resumen.

En definitiva, no busco exponer las formas de la escritura sino su gobernanza, la que tiene lugar en la escisión entre modernidad e hipermodernidad. En este ejercicio sólo me limitaré, de un lado, al ensayo, texto típicamente moderno, y, de otro lado, a los artículos científicos en el sistema que conocemos hoy. El registro de análisis será el paso del ensayo a la cita de pie de página y al paréntesis. No se puede olvidar que, así como un tratado de política o una bella novela expresan el sentir de una época, el texto académico también lo hace, puesto que escribir es cifrar la realidad del espíritu en las formas como piensa, vive, actúa la humanidad. Los textos y sus tipologías muestran problemas o veleidades. En los *Modernos* siempre encontramos la lucha contra un tema tal como lo hacen los filósofos; los post e hipermodernos corren tras los temas y por eso son coyunturales. Los clásicos modernos escribían de un modo vital, planteaban problemas, se deleitaban en las cuestiones fundamentales de la época y jugaban en ella con ciertas estrategias; los contemporáneos viven al acecho de la información, para ellos los problemas son, si acaso, un tema. Para los *modernos*, el pensar ~~para los primeros~~ era la materia primera de sus disquisiciones; para los contemporáneos los temas ~~ta de los segundos~~ son, en el mejor de los casos, que dan poco qué pensar; estos últimos viven en la apariencia del pensar. En cuanto a los modernos, ellos vivían en un *contínuum*, escribían sobre un tema y en diferentes dimensiones, mientras que los contemporáneos quedan atrapados en los temas y por esto mismo

van de proyecto en proyecto. El “pensar del hipermoderno” está cifrado en el proyecto, ese es su territorio de existencia. No creo, en este punto, equivocarme, pues una vida académica sin proyecto es pagana. La grandeza de los modernos y su escritura vital, residía no en el proyecto sino en los problemas, en las luchas que mantenía día y noche con un objeto de saber.

Recordemos que hoy el proyecto de nuestros académicos obedece a la lógica de la producción en serie y es el medio por medio del cual cada uno puede dar cuenta de sí en la sociedad hiper tecnológica. Escribir muchos artículos en un formato frío es la prueba de la producción en serie. En cualquier caso, las formas de escritura, sus modos, sus técnicas y estrategias comprenden los modos de gobierno del alma de los individuos. La escritura muestra el sentir de una época, sus angustias y, a través de ellas, la escatología del pensamiento.

Lo terrible como horror, como dolor y como nostalgia que mi espíritu ve en la práctica de la escritura académica hoy funde el interés de estas páginas. Como horror, pues el presente es pobre hasta en sus formas de escribir; como dolor, porque la contemporaneidad despliega el espectáculo del vacío, y como nostalgia, en tanto lo que acontece en la escritura académica hoy no es cosa distinta que las formas emplazadas del formato. El formato es la rejilla del juego y esto en todos los órdenes de la vida. La escritura del presente es plana, insustancial, ligera; el aliento y la vitalidad que algunos admiramos e incluso tratamos de plagiar en los modernos quedaron sepultadas, repudiadas. En ella impera el dato más que la osadía del pensamiento. Este dolor y su nostalgia como horror la cifraré en la escisión del mundo; entre el pasado maravilloso de la creatividad libre y la del control del pensamiento. Escisión en cualquier caso, pues lo moderno con sus parajes de libertad, razón, autonomía, juicio eran la esencia misma del pensar. Esta esencia no es cosa distinta que la capacidad de autodeterminación cuyo territorio siempre encontramos en las formas de ver, pensar, y creer de los modernos. Terrible condición como horror en el aquí y en el ahora cuya desavenencia observamos plasmada, progresivamente, en lo más sofisticado de las técnicas psicológicas para producir el paréntesis en los textos. Lo moderno siempre trajo para sí, en cada texto, el nombre de otro, de otro lejano o cercano, y a esto se le nombró, hacia finales del siglo XIX, pie de página. La escritura en los modernos fue un juego, el juego de la libertad del pensamiento, juego que introdujeron en las postrimerías del siglo XVIII los más grandes hombres de saber.

La escritura de los modernos la podemos definir como, el arte del vínculo con el otro. Ella consistía en un ejercicio libre, cuyas estrategias mostraban, en cierto

modo, la capacidad para nombrar lo vivido, lo pensado, lo acontecido. En lo moderno acontece el sujeto, brota allí donde hay un problema, donde cada uno se narra en el pensar. El sujeto moderno nace porque se separa del dogma y piensa su interior en un mundo cuyos recorridos le aterran o lo maravillan. El sujeto (García Calvo, 1997) da nacimiento al otro y, es precisamente esto lo que encontramos en la narración del yo reflexivo (Jameson, 2004) propio del mundo moderno. El sujeto moderno no es religioso, tampoco dogmático, más bien un individuo expuesto a su condición.

El *animus* de estas páginas no está ciertamente en la veleidad de producir un algo tecnológicamente dirigido para un público que tal vez esté ávido de una técnica. Todo lo contrario, esta fuerza que me trae y me lleva en las siguientes páginas, tiene su génesis en la pregunta fundamental de la escisión de unos modos de escribir en la modernidad, de unas técnicas que arropan el temible espectáculo de la escritura académica en lo que Lyotard (1986) y Lipovetsky (2004) nombraron como post e hipermoderno. Dos mundos con sus formas de gobernanza, con sus prácticas de gobierno de la libertad, con sus técnicas y estrategias de gobernanza de la vida y del pensamiento. No olvidemos que lo clásico del pensamiento, se refleja en la potencia de una escritura cuya base era la libertad del pensar, la autonomía para hacerlo, la razón que generaba el mundo abierto de la naturaleza (Zambrano, 2016). Esta última, creo, es la vitalidad del ejercicio del pensar; la naturaleza tiene su espíritu en el movimiento y por eso se opone a lo artificial (Soëtard, 2003). Naturaleza es aquello que los modernos ilustrados dieron por llamar lo que acontece, lo expuesto ahí, en la vida o engendrándola.

El texto clásico y sus formas libres

Pues bien, la modernidad temprana nos muestra en los autores y pensadores un modo de escribir que es propio de la época. Esta forma del texto no tiene pies de páginas y es más libre en cuanto a sus formas y estructuras. Respecto a sus formas, las que vemos en las cartas que unos a otros hacían circular siempre sobre un tema, un problema, una pasión; con relación a su estructura, el pensamiento desplegado sobre un problema, una pasión. Cartas que tenían como inicio algo así como «mi buen señor y amigo, mi buena señora amada...», libros que exponían un asunto rigurosamente estructurado pero alegre. En Michel de Montaigne, por ejemplo, el ensayo es la forma original de una escritura que dice lo que el autor vive. Este vivir es esencial pues inspira las formas de decirlo en el texto y solo recurre a la presencia de otros (pensadores) nombrándolos. Su carácter libre está cifrado

en los *ensayos* género que crea el autor para decirnos de la libertad que asiste al pensamiento. El ensayo también tiene su origen en el ejercicio de la ciencia pues ensayar es probar una y mil veces un tema, un asunto, un problema. Ensayar es desplegar el espíritu sobre el papel y haciéndolo recurrir a una estructura de sentimiento y de verdad, es la gimnástica del espíritu y tal vez tenga sus raíces en las prácticas de las armas o en las prácticas de monje. Este género que inicia en el siglo de lo moderno, es una especie de veridicción, una suerte de purificación del alma, una práctica, en cualquier caso, siempre dispuesta a espiar los tormentos de un problema que no renuncian a ser pensados. Espiar el alma, y tal vez con esto esté diciendo una especie de liberación de la consciencia propia del hombre moderno, del genuino pensador. En cualquier caso, el ensayo es la rítmica constante de un problema que da qué pensar y se nutre al exponer sus distintas materias. El ensayo discurre por las disciplinas y muestra la capacidad de saber de una persona inquieta e inquietante. Montaigne es moderno porque recurrió a todas las disciplinas para argumentar el camino. Escribir para los modernos era ir trazando el camino. Recordemos, para los modernos escribir fue un asunto de comunicación, de extender bajo cartas el sentir de lo que se vive; este sentir de lo que se vive, es la soledad que inspira el pensamiento. Montaigne discurre entre objetos disímiles los cuales trae de la naturaleza, la vida, las instituciones, el goce, la soledad, el sentimiento de un acontecimiento. Solo a él se le ocurrió escribir acerca del dedo gordo del pie (*Montaigne, 2004: 691-693*) y lo hizo de tal forma que cada vez que lo leemos, lo actualizamos. Y de «La pedantería» (*Montaigne, Ibíd: 133-134*), digamos que allí se condensa la pregunta por el ideal del pensamiento y la libertad noble de exponerlo. El dedo gordo es una extensión significativa del cuerpo que se narra en la observación. El ensayo observa, habla, dialoga con un mundo que nos acoge, un mundo del cual somos parte y del cual no podemos escapar. La muerte como la vejez fueron temas alegres de este gran ensayista quien representa, si queremos, el ideal clásico del mundo moderno.

Los objetos de saber de los pensadores modernos eran tanto de política como de ciencias, arte, poesía, religión, música y daban cuenta del humanismo, y se desplegaban como percutores de una época que invitaba a pensar, que empujaba a decir lo que se vivía en lo cotidiano o en las zonas borrosas de un saber. Todo era actual y esto porque lo moderno es siempre actualidad, ese péndulo que va de lo viejo a lo nuevo y que grita sin parar en nuestros oídos. Lo actual y su actualización son las características fundamentales de lo moderno; es una práctica crucial en la organización de la vida humana y no es solo disciplinamiento tal como nos lo enseñó Michel Foucault (2005)

y otros. Lo crucial de lo moderno es la vitalidad para nombrar aquello que merecía ser dicho bajo forma de pensamiento. ¿Qué pensaban los modernos? Ciertamente el pensamiento, pues veían en él la hendidura de la naturaleza humana. Alain, moderno de pies a cabeza, también narra en sus textos lo que el mundo de la naturaleza le mostraba en la educación o en la idea de Dios (Alain, 2007). Rousseau, del mismo modo nos dice lo que su pensar veía en la naturaleza del niño, en las leyes que organizaban la vida (Rousseau, 1971). Pestalozzi o Herbat son modernos porque narraban el fiel sentimiento de la libertad en el niño y su obra pedagógica es un poema sin pies de páginas. Los modernos escribían cartas (Sloterdijk, 1999), pero también libros. Las primeras narraban la intimidad de un momento, la angustia de un instante, la atadura de un problema; los segundos, exponían el ideal de los sentimientos de la época, la cuadratura de los problemas propios de la época. Los textos de los modernos proclamaban en el acto la inspiración de sus principios. La libertad no es una obra que se imponga desde afuera, sino un sentimiento creativo expresado también en las bellas letras. La forma escritural de los modernos, encarna el reinado de la libertad y de la razón. Sus juicios expuestos en sentencias cuidadosamente estudiadas, producidas, pensadas son el territorio de una escritura libre. El texto moderno es libre porque refleja la potencia de una época en la que comunicar era un acto de ruptura frente al dogma. La esencia misma del texto moderno es una carta lanzada al mundo para que otros ‘los amigos’, las encontraran y las leyeran. El texto en la modernidad vinculaba a unos y a otros; el texto moderno acercaba lo lejano, tema esencial de la modernidad. El texto moderno, en su estructura, era la gran noticia de un pensamiento que emergía en una multiplicidad de regiones de saber.

Los textos de los modernos inspiraban una manera de estar en el mundo. Sus estructuras eran libres; las partes entrelazaban las ideas y las agotaban, luchaban a través de ellas para decir un pensamiento. La ciencia, incluso, mostraba el sentimiento frente a un fenómeno y nombrándolo lo narraba sin que para ello fuera necesario ir tras el dato que estadísticamente conoceremos hacia mediados del siglo anterior. El laboratorio era la génesis de la escritura del científico, y fueron ellos los que se inventaron la bitácora, texto que guardaba los secretos de la experiencia en el laboratorio. Allí apuntaban el concierto de los cambios en la materia viva, en los cuerpos inertes, en la energía de la vida. La bitácora fue una técnica y en tanto esto, una forma de ir gobernando los modos de ver, de experimentar, de situar los cambios. La bitácora luego será el diario del viajero, de los ciudadanos. El diario y los diaristas escapaban al tedio de un mundo, y haciéndolo plasmaban lo cotidiano, lo vivido. El

momento de lo narrado era el territorio de un pensamiento. Esta técnica luego será inscrita en el gran arsenal de las ciencias, por eso es un dispositivo de gobierno de la vida sigilosamente apalancada en la cotidianidad del existir.

La narración es la estructura más maravillosa que observamos en los textos de los modernos, de aquellos que se dieron a la tarea de escribir sus sensaciones, de dar cuenta de lo vivido en lo dado. En el pensamiento moderno temprano el mundo es la estructura del texto y la experiencia, su forma de narración. Tal vez por eso, la escritura vital de los modernos tempranos es el pensamiento que da cuenta de la formación del espíritu de la razón. Y es por esto que sus textos inspiraron, al menos durante dos siglos, la formación. Todos los textos de los modernos son una práctica de formación y en ellos encontramos la esencia de este concepto (Gadamer, 2001). Este concepto clave de la modernidad queda expuesto en la novela de formación y también en las ciencias humanas, la filosofía, las matemáticas, la historia, el arte, etc. Todo consistía en narrar el asunto del que se ocupaban los modernos tempranos como si se tratara de una poética de la formación. La estructura de los textos fielmente modernos, los que encontramos después del siglo XVIII, no se ocupan sino de una cosa en esencia: la formación del espíritu, la formación del pensamiento a través de problemas y no de temas.

El pie de página; presencia vital del diálogo

Dicen algunos estudiosos que el pie de página nace en el siglo XVIII y precisamente en la historia como disciplina. Siempre se recomendaba que al tratar un asunto era necesario recurrir a otras fuentes y al hacerlo, catalogarlas, clasificarlas, organizarlas. Las fuentes son el vocablo de los otros y era menester organizarlas para codificarlas. Codificándolas ya se estaba seguro de unos planos de vivencia, se entraba en el universo de lo dicho y lo escrito. Esta técnica se impuso como mecanismo de un orden del pensamiento y comenzó a ser enseñada en las disciplinas. Técnica eficaz en el gobierno de la escritura, instrumento suficiente para encauzar la libertad, dispositivo sutil para un orden del pensamiento propio de la conducta. La cita rompe el orden libre del ensayo. Al realizar esta política del tratamiento de las fuentes, se tenía la certeza de la existencia de un diálogo con otros, se disipaba la duda del dato sin fuente. El pie de página es un mecanismo moderno precisamente porque da cuenta de la capacidad que tenía un individuo de decir lo que sabía de lo dicho por otros. Este principio es recurrente en la práctica científica, especialmente después de la segunda mitad del siglo XIX, pues era un organizador del pensamiento. El disciplinamiento en las formas de pensar,

engendró las técnicas para hacer, decir, sugerir, escribir. Ellas comenzaron a ser enseñadas con el único fin de darle forma a unas prácticas de actuación académica. Con las citas se hace más visible el pedantismo y con ellas surge el investigador y especialista de un saber (Prost, 2000: 34).

Pues bien, en el siglo XVIII encontramos en algunos textos el uso del pie de página y esto se hacía para dar cuenta de que la materia sobre la que se versaba no provenía de hechos anodinos, ni de la especulación. Con ellas se habilitaban dos procesos. De un lado, la incesante búsqueda de información y, de otro lado, una cierta capacidad para situar los puntos de vista en un pensamiento abarrotado de trabajos. El examen, que también es una práctica desplegada en el siglo XVIII y cuyas raíces encontramos siglos atrás, especialmente en las prácticas de la contemplación y de la vida religiosa, servirá para decir sobre la fiabilidad de la obra escrita. Esta fiabilidad se exponía en público y su escrutinio giraba en torno a lo leído y citado. Las notas de pie de página eran un mecanismo que daba cuenta de la seriedad del escrito. Seriedad que juzgaba la dedicación al estudio de la materia de la que trataba la obra. Este mecanismo también mostraba la capacidad de diálogo que tenía el autor o el alumno con otros. El pie de página que aparecía como un modo de ilustración también era calificado de pedantería, pero en cualquier caso, era un mecanismo de distinción. Tal vez el pie de página sea la primera técnica de vigilancia sobre lo escrito en el orden de la academia. Digo tal vez y no estoy seguro de que así sea. No obstante, este mecanismo muestra una sutil vigilancia pues haciéndolo se entraba en la regla del juego académico moderno.

La otra técnica que se introduce en la dulce elaboración de los trabajos académicos hacia el final del siglo XVIII e inicios del XIX era la gramática. La escuela desarrolló esta técnica y puede ser que ella sea la única disciplina que la institución escolar haya producido (Chervel, 1988: 59-119). La gramática habla del estilo y la forma, de las reglas de uso, de las prácticas del decir, de los modos de nombrar, de los juegos de sobriedad en un estilo principesco. En las universidades, los trabajos corrieron la misma suerte e incluso el ensayo o el examen de doctor no escapaba a las citas de pie de página. El doctor era la luz que mostraba, a través de extensas citas, el dominio que poseía de un tema. Las partes de la tesis narraban las predicaciones del pensamiento particularmente científico. Si bien es cierto que la escuela moderna es típicamente un instrumento de higienización del alma también es cierto que la universidad lo fue en grado más sutil. Al enseñar las partes y el todo en la escritura, esta fue introduciendo su empobrecimiento pues

las reglas prevalecían sobre el pensamiento. En todo, la escritura académica moderna fue también un instrumento de vigilancia del pensamiento. Por múltiples razones pero en especial porque la ciencia positiva permeó el gran pensamiento de los intelectuales modernos. Si bien es cierto que esta vigilancia también fue obra de las asociaciones de ciencia, no es menos importante el papel que jugó el investigador. Este personaje es hijo de la ciencia, es producto de la necesidad que ella tuvo para organizar en saberes lo que ella producía como conocimiento. Este personaje al catalogar dichos saberes fue narrando lo que veía, y al hacerlo desplegaba un orden y controlaba el modo de hacerlo. La fuente inspiró la cita y produjo un viraje decisivo en el arte del pensamiento. El orden, la secuencia, la importancia de las citas mostraban el dominio y la seriedad del pensamiento. Ellas luchaban contra el sabio o el autodidacta. El ensayista sucumbió a su fascinación y comenzó a ser regulado por esta técnica que clasificaba entre bueno y malo cada escrito. Hacia finales del siglo XIX los ensayistas comenzaron a jugar en un orden de la cita para salvar, tal vez, un prestigio que estaba en peligro. El investigador dio inicio a las revistas, mecanismos de clasificación de los saberes, método sutil de organización de las fronteras del conocimiento. Las revistas son el espacio de administración del conocimiento, de los saberes, de los oficios. Con ellas, el sabio desapareció lentamente. Las revistas impusieron un orden cuyas reglas de juego ya mostraban el uso de la cita, parámetro de saber. No obstante, este juego era inconcluso pues cuando revisamos los artículos de las revistas producidas antes de la mitad del siglo anterior, encontramos lo que para el presente sería el descuido en la referencia. Citas medio escritas, citas incompletas, *ibidem* sin páginas, subrayados, apellidos sin nombres, nombres sin apellidos, comentarios con puntos suspensivos. Esta técnica la conocí en quienes fueron mis maestros en la universidad. Me refiero a quienes en la década de 1980 me dieron a conocer su pensamiento a través de sus escritos. Al leerlo siempre encontraba aquellas formas de citas inconclusas y libros sin bibliografía. La bibliografía aparecía al pie de páginas; no era necesario volverlas a escribir al final. Esta práctica sugería, me parece, que lo dicho estaba en el texto pero el uso de la cita en sus modos diversos, no era otra cosa que el reconocimiento del otro. En las revistas que visitaba por la misma época encontraba el mismo comportamiento. Por ejemplo, los cuadernos Binet-Simon, producción intelectual numerada y libre que impulsó la sociedad Alfred Binet-Theodore Simón y que prosiguió Guy Avanzini, presentaba esa característica que acabo de describir. Hoy es un archivo muy valioso que da cuenta de más de medio siglo de escritura, de pensamiento clave en el ámbito de las ciencias de la educación. Bueno, pero también en nuestro medio, las revistas de educación hace treinta años, guardan esta característica moderna,

tardíamente moderna. Las revistas de finales del siglo XIX y mediados del siglo XX imitaban la esencia del periódico aunque centraban su esencia en el juego de las regiones de saber. En definitiva, es menester señalar aquí que las citas ‘estructura en los artículos y los libros hasta finales de la modernidad’ muestran las prácticas de gobierno de la escritura académica. Bien o mal, completo o incompleto, los estilos de la escritura académica dejan ver las formas de gobierno sobre el pensamiento.

La escisión del juego

No estoy totalmente seguro si la modernidad termina con la caída del muro de Berlín, o si termina con la denuncia de lo inconcluso de los relatos de la modernidad que Lyotard y otros nos han narrado. Menos aún, no estoy del todo seguro que la modernidad haya terminado y haya superado la tradición pues cuando vemos nuestra sociedad no queda más remedio que reconocer la existencia de la tradición, lo moderno y los post en eventos tan simples como el siguiente: un carretillero circulando por una avenida y pasando frente a un centro comercial habla por celular. ¿No es este el relato más fiel de las tres condiciones que he nombrado más arriba? Es mejor no estar seguro y eso es ser moderno; es mejor ni siquiera cifrar el nacimiento y su desaparición para seguir avanzando en la lectura de las contingencias que el presente nos depara, nos muestra, nos narra. Aunque no estoy seguro de los límites de la modernidad y del nacimiento de los *post* y de lo *hyper*, de algo sí estoy seguro y es de la escisión del juego que opera en estos relatos. El juego de la escritura y su estilo moderno ve un desplazamiento hacia formas insustanciales, planas, sin hendidura. Si bien es cierto que en la escritura académica moderna acontecen unas técnicas que regulan sutilmente el pensamiento escrito, también es cierto que dichas técnicas se imponen de otro modo en el presente. Si aceptamos que en las postrimerías de la década de los 80 del siglo anterior, se da inicio a unas formas contingentes de escritura, esto tiene su epicentro en la razón tecnológica pero también en las reglas del mercado. Estas reglas, a mi juicio, condicionan el juego académico en un orden de la apariencia. Ya no se trata de exponer el pensamiento, sino de mostrar un orden regulado por reglas de escritura. Mientras la escritura moderna, la que conocimos hasta finales de los ochenta era libre, incluso irreverente en sus formas de citación, la que inicia bajo la administración de las reglas APA es abiertamente controlada. En el fondo se trata de una especie de neoliberalismo de la escritura cuyos pliegues están dominados por las reglas de simplificación. La escritura académica se rige por reglas claramente dispuestas y condensadas en versiones. Salir de ellas, asistir a otros

modos de narrar el trabajo académico significa un peligro para las reglas del juego. En principio, cada uno es libre de escribir y exponer su pensamiento y en verdad no lo es, pues lo que regula su pensamiento es la forma y modo como debe hacerlo. Este juego se impone debido a las reglas del mercado y de la tecnología, aspectos centrales en la hipermodernidad. La individualidad se limita al ejercicio de aplicación de las reglas. El estado, a diferencia de la modernidad, impulsa, garantiza la existencia de dichas reglas para darle forma al orden. Orden académico que sigue las mismas reglas del mercado neoliberal, cuyas condiciones deben sufragarse en las mismas reglas que el mercado académico crea. Mayor participación a bajo costo, menor injerencia del Estado para mayor satisfacción del beneficio. Ya no es el Estado el que impone las reglas del juego académico sino las asociaciones o las academias e incluso las agencias privadas.

En la misma proporción en que el Estado se desentiende de la gobernanza de los individuos al dejar libre el juego de los empresarios, el mundo académico se regula por sus propias prácticas y a través de agencias que vigilan la seguridad de la producción. La escisión del juego entre los modos académicos modernos y el de los *hyper* tiene su génesis en el empresarismo de la vida (Jódar, 2007). Cada uno debe regularse, cada uno debe hacer de su actividad académica el objeto de su empresa.

El síntoma de esta escisión lo encontramos en los modos y estilos de la escritura académica. Se trata de producir un pensamiento leve cuyas expresiones son cortas y por trazos. Veamos, el *paper* es la materialidad de la escritura académica hoy, y es un registro puramente simplificador de la experiencia. Entre más datos condense y los exponga en sus partes, más valioso es aunque no produzca ni genere pensamiento alguno. A diferencia del artículo científico moderno, el *paper* se regula por el número de referencias, 50 en el mejor de los casos. La clasificación es otra de las formas de vigilancia pues no es lo mismo la revisión que el *paper* de investigación. En fin, las reglas del juego han cambiado y con ellas las prácticas de escritura académica. Estos cambios son concomitantes con los operados en la vida, en la sociedad, en el mercado, en la economía. La eficiencia y la eficacia opera como reguladores del *paper*. Un *paper* en filosofía clásica es impensable, aunque sí un *paper* en educación. El dominio de la vida hoy lo detentan las ciencias puras y eso se ve reflejado, apreciados colegas, en la preeminencia de los *journal* y de las clasificaciones altas, de los altos rangos de clasificación de las revistas. En términos de gobernanza de la escritura encontramos, entre muchas otras, las siguientes prácticas: de un lado, los pares ciegos, expertos

que no conocemos y quienes dictaminan sobre la viabilidad, calidad y solidez de un escrito. En los modernos, la condición de saber estaba expresada por el alto grado de solidez del pensamiento. El juicio sobre la pertinencia quedaba en el escrutinio público, era abierto y sólo operaba en la lectura del amigo, del lector. De otro lado, los algoritmos que clasifican las revistas y de los cuales poco conocemos. No sabemos por qué Reuther y Thomson son repositorios cuyos algoritmos discriminan lo bueno de lo malo. Estos repositorios, estos monopolios del saber, se nutren ‘y eso no es secreto para nadie’, de los trabajos académicos del profesorado universitario. Ellos han creado un mercado que domina el mundo universitario y acrecientan sus finanzas con la venta de los *papers* que producen hombres y mujeres día tras día. También, las reglas de clasificación y sus normas de estandarización dominan la escritura del *homo academicus*. En definitiva, se trata en cualquier caso de la escisión del escrito moderno y de la preeminencia del texto *hyper*. El mercado lo regula, crea el espectáculo, mueve el mercado y sitúa, regula, clasifica la producción escrita.

El ruido del espectáculo

La escisión del juego instala, como lo hemos visto, unas reglas de control, unas prácticas de competencia, unas normas que lo justifican. El juego hoy ya no es la intensidad y plenitud del pensamiento, sino el ruido y espectáculo de la escritura. ¿Por qué y para qué se escribe? Tal vez lo hacemos para permanecer en el mercado de la escritura. En efecto, la escritura académica universitaria dejó de ser moderna y ahora es *hyper*, es decir, dominada por el mercado, la competencia y la medición. El mercado en la medida en que los intercambios se comunican en restringidas comunidades, por flujos de interés. El mercado porque nuestro capital no es el pensamiento en la intensidad moderna, sino la sutil tecnificación de la escritura. El mercado porque ser profesor universitario hoy es cuestión de obreros, de técnicos capaces de simular una acción que no crea, sino reproduce y aplica. Obreros que se expresan en la escritura y en el volumen de *papers* escritos y publicados. Mercado en la medida en que el juego que allí tiene lugar muestra la cantidad de *papers* escritos e intercambiables, citados, referenciados. La competencia, pues el mercado *hyper* se mide en este ruidoso término. Competencia que da cuenta de la cantidad de *papers* publicados e intercambiados bajo la forma de citaciones. Me citan y allí existo; me referencian y allí vivo, existo en el mercado del juego académico. Lo que hace al obrero y al técnico en la sociedad de medición, en la sociedad de lo *free o de la velocidad* es precisamente esa condición de medir su esfuerzo de producción, sus publicaciones. El software mide la planicie pero no escudriña el espíritu del texto. Mercado, competencia, medición son instancias donde

funciona la gobernanza del obrero académico y su producción. La debilidad de creer, la fragilidad del pensar se nombra como impostura cuando el paréntesis se impone como modo de referencia. La debilidad del creer, la insuficiencia del pensamiento da cuenta del espectáculo que vivimos cuando las ventanas de las clasificaciones muestran la pobreza o la agilidad del mostrarse. La escritura académica crea un ruidoso espectáculo al clasificar las publicaciones. De la misma forma que la “siliconización” del cuerpo opera como espectáculo de la vida *hyper*, de la misma forma la escritura académica hoy da cuenta de una vida espectacularmente vacía.

La escritura académica hoy muestra la escisión entre modernidad e hipermodernidad. La primera era intensa en sus formas y modos de pensar; la segunda es insustancial, plana, ligera como los cuerpos plásticos que vemos exponerse en los centros de escultura corporal. La escritura moderna tuvo el más profundo atractivo en el pensamiento vital, la de hoy es escuetamente un modo de cifrar técnicamente lo que se ha hecho en una experiencia de investigación. En la primera prevalecía la universalidad del pensamiento incluso hasta cuando aparecieron las técnicas del pie de páginas y las revistas. La segunda es tan plana que ya el paréntesis como referencia dice tanto de ella como de la sociedad que la produce. La primera era intempestiva, la segunda impersonal. La primera invitaba a la imitación, la segunda es desechable, reciclable, contingente. La primera abría el espectáculo del pensamiento e incitaba a la formación, la segunda es, si acaso, pura información y no promueve nada en el espíritu. La forma de escritura hoy da cuenta de los modos de gobernanza del obrero académico.

Final de la reflexión

El texto que he escrito es una forma de irreverencia respecto de la gobernanza y el empobrecimiento de la escritura académica. He intentado trazar la frontera y no estoy seguro de haberlo logrado. No obstante, fiel al pensamiento moderno, he querido advertir la escisión de dos modos de control, dos maneras de gobierno de la vida. Me propuse narrar, a través del ejemplo de la escritura académica, la tragedia del mundo contemporáneo y el ruido del espectáculo. Allí expuse la transformación del investigador en obrero del conocimiento y al hacerlo encuentro también que mi vida vive la bisagra de estos mundos que he intentado describir. Soy hijo de la modernidad, pero el presente me pide que escriba de otro modo y esto no es fácil para mí. Tal vez el único lugar donde pueda seguir siendo moderno,

a través de mis escritos, sea en revistas como *Praxis & saber* y al igual que ella, también hay otras cuya esencia muestran una estirpe que resiste a este mundo de espectáculos ruidosos y sutiles veleidades. Sólo me queda decir, que escribir hoy es difícil por las formas de gobernanza que operan sobre la escritura. Estoy seguro que ustedes nos ayudarán a seguir promocionando un pensamiento intempestivo aún si tenemos que citar con paréntesis y citando un mínimo de referencias bibliográficas. Confío en que ustedes sabrán luchar contra el mundo de la calidad jugando el juego de las normas, haciendo *como si*. Estoy seguro que lo publicado en la revista será una forma de contrarrestar las técnicas sutiles de fabricación de la condición del profesor universitario como obrero y funcionario, empresario de sí como lo señaló acertadamente Michel Foucault en el nacimiento de la Biopolítica. Finalmente, el presente es débil e insulso y esto lo vemos en la trama de los escritos de algunos académicos. Contra esa práctica hay que luchar, contra ella hay que revelarse. Así, entonces, escribir es ver lo oculto en lo visto (Zambrano, 2014) y esto es moderno pues lo *hyper* sólo despliega un discurso vacío y aparente. He aquí la gobernanza de lo escrito y la escisión entre lo moderno e hipermoderno.

Referencias Bibliográficas

- ALAIN. (2007). *Propos sur l'éducation*, Paris, Quadriage.
- CHERVEL, A. (1988). L'Histoire des disciplines scolaires. Réflexions sur un domaine de recherche. *Revue d'Histoire de l'Éducation ; INRP*, N° 38, mai 1988, pp. 59-119.
- FOUCAULT, M. (2005). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México, siglo XXI, Editores
- GADAMER, HANS-GEORG. (2001). *Verdad y método*. Salamanca, Sígueme.
- GARCÍA, A. (1997). Sobre el sujeto. En *Las identidades del sujeto*. Valencia, Pre-textos
- HAMELINE, D. (2003). *Modernidad y Educación*. En, *Educación y filosofía. Enfoques contemporáneos*. Buenos Aires, Eudeba
- HEIDEGGER, M. (2005) *Qué significa Pensar*, Madrid, Trotta.
- JAMESON, F. (2004). *Una modernidad singular. Ensayo sobre la ontología del presente*. Barcelona, Gedisa.
- JÓDAR, F. (2007). *Alteraciones pedagógicas: Educación y políticas de la experiencia*. Barcelona: Laertes.
- LIPOVETSKY, G. (2004) *Les temps hypermodernes*, Paris, Grasset
- LYOTARD, JEAN-FRANÇOIS. (1986) *Le posmoderne*, Paris, Editions Galilée.

- MONTAIGNE, M. (2004) *Les Essais*, Paris Puf/Quadriage,
- PROST, A. (2000). *Histoire et sociologie du savoir*. En Savoirs et compétences, bajo la dirección de Ruano-Borbalan, Jean-Claude, Actes du forum, Quercy, Francia, Editions Demos, p.34
- ROUSSEAU, JEAN-JACQUES. (1971) España, Editorial Bruguera.
- SLOTERDIJK, P. (1999) Règles pour le parc humain, Paris, Mille et une nuit
- SLOTERDIJK, P. (2000) Le penseur sur scène, Paris, Christian Bourgois Editeur.
- SOËTARD, M. (2003). *Naturaleza y libertad en educación*. En, Educación y filosofía. Enfoques contemporáneos. Buenos Aires, Eudeba
- ZAMBRANO, A. (2011). Pedagogía y narración escolar. El declive de los conceptos. Córdoba (Argentina), Editorial Brujas.
- ZAMBRANO, A. (2014). Ser docente y sociedad de control “lo oculto en lo visto”. *Praxis & Saber*. 5(9). 149 – 164. <https://doi.org/10.19053/22160159.2999>
- ZAMBRANO, A. (2016). Pedagogía y didáctica: esbozo de las diferencias, tensiones y relaciones de dos campos. *Praxis & Saber*. 7(13), 45 – 61. <https://doi.org/10.19053/22160159.4159>